



PARTE PRIMERA

EDAD ANTIGUA

LIBRO PRIMERO-ESPAÑA PRIMITIVA

CAPÍTULO PRIMERO

Primeros pobladores

Situación geográfica de España.—Producciones y riqueza de su suelo.—Razas primitivas que la poblaron.—Iberos.—Celtas.—Celtíberos.—Respectiva posición de estas tribus.—Subdivisiones.—Su estado social.—Sus costumbres.

Si alguna comarca ó porción del globo parece hecha ó designada por el grande autor de la naturaleza para ser habitada por un pueblo reunido en cuerpo ó nación, esta comarca, este país es la España.

Separada del continente europeo por una inmensa y formidable cadena de montañas, circuida en las dos terceras partes de su perímetro por las aguas del Océano y del Mediterráneo, diríase que el Supremo Hacedor había querido dibujar con su dedo omnipotente sus naturales límites, y que defendiéndola de Europa con el antemural de los montes Pirineos, del resto del mundo con los dos mares, se había propuesto que pudiera ser la mansión ó morada de un pueblo aislado y uniforme, ni inquietador de los otros, ni por los otros inquietado.

¿Por qué serie de causas, por qué conjunto de extraños acontecimientos, trasformaciones y vicisitudes, esta parte del globo de tan demarcados términos y lindes, presentá en su historia el cuadro confuso de tantos pueblos y naciones, de tan distintos idiomas, de tan diversa y variada fisonomía en sus costumbres? ¿Cómo tan invadida ha sido siempre, y mas que otra nación alguna, por extrañas gentes? Explica en gran parte lo primero su propia topografía: el curso de la historia

demostrará lo segundo: ella irá descifrando este al parecer incomprensible fenómeno, este destino excepcional del pueblo español.

Las extensas cordilleras que la cruzan, corriendo en irregulares y tortuosas direcciones, y extendiéndose y desparramándose por todo el ámbito de la Península como las arterias de un gran cuerpo, formando profundas sinuosidades, estrechas gargantas y desfiladeros, risueños y fértiles valles, anchas y dilatadas planicies, sirven como de frontera á otras tantas comarcas independientes. Dejemos á los geógrafos la descripción de todas estas ramificaciones, que asemejándose en su marcha y vicisitudes á la vida del hombre, nacen, crecen, se ostentan á las veces robustas y soberbias, á las veces abatidas y flacas, yendo á morir en el profundo lecho de unos ú otros mares. Contentémonos con no olvidar esta constitucion física de España, porque ella será una de las claves para explicar la diferencia de caracteres que se observa en el pueblo español, y la facilidad con que pudieron formarse dentro de su territorio distintos é independientes reinos.

Numerosas corrientes de agua se desprenden del seno de estas vastas montañas, formando las grandes vías fluviales que atraviesan y fertilizan nuestro suelo.

Así, mientras las altas sierras producen en abundancia maderas de construccion y canteras de jaspes, mármoles y alabastros, en los pingües pastos de sus valles y cañadas se apacientan ganados de todas especies, que dan al hombre sustento y vestido; las llanuras y riberas le suministran con prodigalidad todo género de cereales, variedad de exquisitos vinos y de sabrosas frutas, y los mares de sus costas le surten abundosa-

mente de pescados. Las minas de ricos metales con tal profusión derramó la Providencia en este suelo, que tomaríamos por fábulas las noticias que de ellas nos dejaron los antiguos geógrafos é historiadores, si de ser verdad y no ficción no viéramos todavía en nuestros tiempos tantos y tan irrecusables testimonios. «En ningún país del mundo, decía ya Estrabon (1), se ha encontrado el oro, la plata, el cobre y el hierro, ni en tanta abundancia ni de tan excelente calidad como en España.» Háblannos todos los autores de aquellos apartados tiempos de montañas de plata (*Argentarius mons*), de rios que arrastraban arenas de oro; y el mismo Estrabon llama repetidas veces al Tajo *Tagus aurifer, auratus Tagus, Tagus opulentissimus*.

No siendo de nuestro propósito enumerar todas las producciones de este suelo privilegiado, en que parece concentrarse todos los climas y todas las temperaturas, diremos solamente que sobre proveer con largueza á todas las necesidades de la vida, suministra además al hombre cuanto racionalmente pudiera apetecer para su comodidad y regalo. De modo, que si algún estado ó imperio pudiera subsistir con sus propios y naturales recursos convenientemente explotados, este estado ó imperio sería la España.

Por lo mismo no es maravilla que desde la mas remota antigüedad atrajera el concurso de extraños pueblos, y que cuantos de él iban teniendo noticia anhelaran fijar su planta y asentarse en esta region tan singularmente favorecida.

¿Quiénes fueron los primeros que á ella arribaron? ¿quiénes los primitivos pobladores de España?

Oscuro por demás y entre densas nieblas envuelto se presenta por lo comun el origen y primer período de la historia de casi todos los pueblos. Ocasionalo el temerario afán y pueril orgullo de querer remontar su antigüedad á la época mas apartada posible, comunmente á la de la trasmigración de las gentes despues del diluvio, y á falta de otro origen que poder atribuirse suelen llamarse hijos de la tierra. Al empeño de realzar esto que algunos llaman glorias de antigüedad, ha sido muchas veces lastimosamente sacrificada la verdad histórica, supliendo la falta de datos con invenciones ingeniosas, con fabulosas tradiciones, ó con caprichosas y sutiles etimologías, especie de adivinación fantástica, en que por palabras aisladas y sonidos semejantes se pretende deducir y legitimar las derivaciones que se buscan y están en la mente ó en el intento y conveniencia del escritor. Al propósito de dar á un país ó á una población la preeminencia de antigüedad se han tejido esas cronologías caprichosas de príncipes ó personajes que jamás existieron, y cuyos hechos, sin embargo, no falta quien refiera con tal puntualidad, como si hubiera conocido á los primeros, y hubiese sido testigo presencial de los segundos. Ficciones halagüeñas, con que no ha debido ser difícil sorprender la credulidad pública en épocas poco alumbradas todavía, y que fácilmente transmitidas de generación en generación han ido recibiendo una especie de sancion tradicional, hasta que la antorcha de la sana crítica las hace desaparecer.

Tal vez nuestra España ha sido una de las naciones que por mas tiempo han probado los efectos de este sistema que las luces y el buen sentido han condenado ya. No fueron solo los historiadores griegos y latinos los que desfiguraron nuestra historia con bellas ficciones mitológicas, porque así les convenia en su tiempo para mantener entretenidos los espíritus con las ideas de lo extraño y de lo maravilloso: nuestros historiadores mas antiguos, ó con buena fe adoptaron ciegamente lo que en aquellos hallaron escrito, ó con menos sinceridad ellos mismos inventaron crónicas que mas adelante se averiguó ser apócrifas y supuestas, en que ya se hacia á Noé venir á España y fundar en ella poblaciones, ya se traía á ella la mitad de los dioses del Olimpo, ya se daba el catálogo y cronología de mas de treinta reyes fabulosos que debian haberse sucedido en el gobierno de España, y cuyos hechos, guerras, leyes y vicisitudes minuciosamente se referian.

Aun despues de evidenciada la falsedad de las crónicas de Auberto, de Juliano, de Dextro, y del nuevo Beroso de Fray Annio de Viterbo, sobre que fundó la suya el buen Florian de

(1) Libro III, cap. I.

Ocampo, todavía el mismo padre Mariana, historiador por otra parte tan sensato, juicioso y erudito, no atreviéndose á desechár abiertamente aquellas fábulas, aunque parecia reconocerlas ó sospecharlas de tales, dedicó no pocos capítulos de su historia á darnos razon de una serie de imaginados reyes, entre los cuales cuenta como verdaderos los Geriones, Hispalo, Hespero, Atlas, Siculo, Gargoris y Abides, y refiere las hazañas de Osiris, de Baco, de Hércules, de Ulises, de los Argonautas, y de otros héroes y divinidades: si bien aparece tal la vacilación é incertidumbre que trabajaba su ánimo, que lo que en una página sienta formalmente como cosa cierta y averiguada, en otra afirma haberlo puesto siempre en cuento de habillitas y consejas (2): con lo que introduce en el espíritu del lector no poca perplejidad, confusion y embarazo.

Confesamos ingenuamente que despues de haber consultado, con el interés de quien busca de buena fe la verdad, cuantos autores antiguos hemos podido haber que supiésemos haber tratado las cosas de España, despues de haber evacuado muchas citas con gran escrupulosidad y consumo de tiempo, no nos ha sido posible encontrar segura brújula y norte cierto por donde guiarnos en las oscuras investigaciones acerca de los pobladores primitivos de nuestra nacion: antes bien hemos tenido momentos de turbarse nuestra imaginación cuando la hemos engolfado en este laberinto de dudas sin salida razonable, tropezando siempre, ó con relaciones que llevan marcado el sello de la fábula, ó con noticias que por confesion de los mismos autores se asientan en livianos y flacos fundamentos. Con la fe mas ardiente deseáramos que hubiese quien hallara datos mas sólidos, luces mas claras y salida mas segura de este intrincado dédalo.

Un pasaje del historiador de los judíos Josefo ha dado lugar á que algunos de nuestros historiadores hayan afirmado como cosa segura que Tubal, hijo de Japhet y nieto de Noé, fué el primer hombre que vino á España, «y la gobernó con imperio templado y justo.» Apoyados otros en un capítulo del Génesis, en que se nombra á Tharsis, hijo de Javan y nieto de Japhet, entre los que salieron á poblar las islas de las naciones despues de la confusion de las lenguas en la torre de Babel, le hacen el primer poblador de España y el que dió su nombre á la isla Tharseya, y de aquí el origen y principio de la nacion española. Bien querriamos, pero no nos es posible, tener por bastante sólidos los fundamentos de una y otra opinion para asentar ni la una ni la otra como ciertas (3).

Viniendo á las razas de que mas averiguadamente consta que poblaron la España en los tiempos que se esconden á las investigaciones históricas, aparecen los primeros y mas antiguos los iberos, procedentes, segun los datos mas probables, de las tribus indo-escitas, raza nómada, compuesta de pastores y guerreros, que de la India eséctica vinieron derramándose

(2) «El primero que podemos contar entre los reyes de España.... es Gerion.» Mariana. Lib. I, cap. VIII.—«Por cierta cosa se tiene haber Hispalo reinado en España despues de los Geriones.» Lib. I, cap. IX.—«Se puede recibir como cosa verdadera, que Siculo, hijo de Atlante, despues que su padre partió de España.... le sucedió en todos sus reinos.» Cap. IX.—«Todo esto y los nombres destos reyes, tales cuales ellos sean, ni se debian pasar en silencio.... ni tampoco era justo aprobar lo que siempre hemos puesto en cuento de habillitas y consejas.» Cap. XI.

(3) El pasaje de Josefo dice solamente: *Thobylus Thobelis sxtem dedit qui nostra etate Iberi vocantur*. Antiq. Judaic. Lib. I, cap. VI.

En primer lugar el historiador judío escribió mas de dos mil años despues del suceso; en segundo lugar no expresa el fundamento de su asercion; en tercer lugar no asegura que Thobel ó Tubal viniera á España, sino que señaló su asiento á los thobelinos ó iberos; en cuarto lugar es de suponer que se referia á los iberos asiáticos, situados al pié del Cáucaso, no á los iberos españoles. Creemos, pues, que está muy lejos de ser fundamento bastante para sentar como cierta la venida de Tubal á España.

Respecto á Tharsis, hé aquí lo que dicen solamente los vers. 4 y 5 del cap. X del Génesis: *Filii autem Javan: Elisa et Tharsis, Cetlim et Dodanim. Ab his divise sunt insule gentium in regionibus suis, unusquisque secundum linguam suam et familias suas in nationibus suis*.

No hay duda que podrian algunos descendientes de Japhet, de Tubal ó de Tharsis venir á poblar algunos puntos de nuestra Peninsula, pero ni prueban los textos que vinieran ellos mismos, ni pueden hacerse sobre ello sino conjeturas mas ó menos probables.

ARMAS DE LAS ÉPOCAS PRIMITIVAS CONSERVADAS EN EL MUSEO ARQUEOLÓGICO DE TARRAGONA

(DESCRIPCION REDACTADA POR EL SEÑOR HERNANDEZ SANAHUJA, DIRECTOR DEL MISMO)

Durante el dilatado período prehistórico, cuando aun no se conocia el uso de los metales, los hombres en falta de ellos y para ocurrir á sus necesidades, ya sea para la propia defensa ó para sus usos domésticos, acudieron al auxilio de las piedras duras que les ofrecia la naturaleza, á las que daban la forma que mas les convenia, segun el empleo á que eran destinadas, labrándolas con maravillosa paciencia. Los paleontólogos dividen estos instrumentos silíceos en dos grandes grupos: los de la *piedra tallada*, que atribuyen á la edad *paleolítica* ó antediluviana, y los de la *piedra pulida*, que aplican á la edad *neolítica* ó postdiluviana.

En el Museo de Tarragona nos hay de las dos clases; el n.º 6, supongamos, es la copia de una hacha de sílice negro, acantillada, de 11 centímetros de longitud, que segun aquella clasificación, corresponde á la edad paleolítica. El n.º 1 es la punta de una flecha de sílex ó pedernal blanco, de 25 milímetros de longitud, astillada, como nuestras piedras de chispa; el n.º 2 es otra punta de flecha, también tallada, con su mango para introducirlo al extremo de una caña asegurándola con nervios, segun practicaban los americanos; es de una delicadeza extraordinaria y de una fragilidad suma; mide 54 milímetros de longitud y 5 milímetros de grueso. La del n.º 3, cuando se descubrió, estaba sólidamente unida á un hueso humano, y á los esfuerzos que hicieron los que la hallaron para separarlos, se les rompió la punta. El n.º 5 es un cuchillo, también tallado, del mismo género y materia, de 84 milímetros de longitud. Estos últimos cuatro restos fueron descubiertos en la vertiente de la colina de San Cristóbal, entre Casetas y Calaceite, á orillas del rio Algás, uno de los afluentes del Ebro, en cuyo punto suelen encontrarse muchas de estas curiosas y antiguas armas.

El n.º 4 es un instrumento de forma romboidal, de 35 milímetros de longitud, en cuarzo resinoso, con unas vetas de colores que cruzándose toman el aspecto de un ovillo. Se encontró en Tarragona, ignorándose la época á que corresponde y el objeto á que estaba destinado.

El n.º 7 es una hacha en cuarzo, de 10 centímetros de longitud; pertenece como las demás que siguen al período neolítico ó de la piedra pulida; está trabajada con sumo primor. El n.º 8 otra hacha de extraordinarias proporciones, puesto que mide 23 centímetros; es de una piedra basáltica de una gran dureza: la del n.º 9 es del mismo género, y tiene solamente 13 centímetros, así como la del n.º 10, que es de una notable pequeñez, pues solo tiene 43 milímetros. Las de los números 12 y 13 son también de gran dureza; la una tiene 13 centímetros y la otra solamente 75 milímetros.

ÉPOCA ROMANA.—El n.º 15 son los restos de una espada ibérica, de puro acero, de un peso extraordinario en razon á su volumen; el óxido la ha destruido en gran parte. Los escritores griegos y romanos expresan que la espada era de origen español, cuyo uso adoptaron los cartagineses y romanos. La espada española fué célebre en la antigüedad, pues su temple era tal, que segun Tito Livio y Diodoro Siculo, no habia escudo, coraza ni casco que resistiera á sus golpes, llegando á cortar hasta los huesos mas duros. Fueron famosas por su excelente calidad las armas forjadas en Galicia, templadas en las aguas del rio *Calybe*, y despues de ellas lo eran las de Bilbilis, que las templaban también en las aguas de su rio *Salo*. Seria prolijo detallar lo mucho que de ellas dicen los escritores de la antigüedad.

N.º 11. *Lingula* ó *Ceespita*, especie de puñal ó cuchillo, con el que el *Cultrarius* ó sacrificador degollaba las víctimas destinadas al sacrificio.

N.º 14. Fragmento de una *Sacena* ó hacha, casi comida del orin; y el n.º 16 es la mitad de una *securis* ó segur, oxidada, pero con el corte bien conservado.

N.º 17. *Dolabria fossoria*, especie de hacha, cortante por un extremo y puntiaguda por el otro, de la que se servian los mismos romanos para sus trabajos en peña viva.

N.º 18. *Francisca*, hacha de dos cortes, con su mango ó astil de puro acero, todo de una sola pieza, que usaban é introdujeron en España los godos cuando la invadieron. Su hallazgo es notable y digno de referencia, por relacionarse con otros restos que se conservan en el Museo de Tarragona, los cuales se mencionan en otra lámina por ser pertenecientes al mismo descubrimiento.

Durante el mes de marzo de 1864, al quitar la tierra que cubria la roca de la colina para poner los cimientos de una nueva casa en la calle del Gasómetro, se encontró el orificio de un profundo pozo taladrado en peña viva, lleno de ruinas procedentes de un templo antiguo, que radicaba en aquel punto: entre la tierra y cascajo aparecieron fragmentos de estatuas de mármol y de bronce; una coleccion casi completa de vasos sagrados del mismo metal, lápidas y otros objetos romanos; y á los 29 metros, junto al agua y entre ladrillos, tejas, arena y fango salieron armas godas, como un mandoble ó espada de dos manos, una maza de armas de acero, la francisca expresada y varios restos de armadura, acompañadas de muchas monedas pertenecientes á los emperadores Graciano, Teodosio, Arcadio y Honorio, de manera que este descubrimiento pone en evidencia, que la verdadera y gran ruina de Tarragona no se verificó hasta despues de este último emperador, á mediados del siglo V, por los soldados de Eurico, conducidos por el general godo Heldefredo, y no antes, como algunos historiadores modernos afirman. Todos estos interesantísimos restos arqueológicos, dignos de estudio, se hallan depositados en el Museo de Tarragona.

ARMAS DE LAS ÉPOCAS PRIMITIVAS CONSERVADAS EN EL MUSEO
ARQUEOLÓGICO DE TARRAGONA

El Museo Arqueológico de Tarragona conserva un gran número de armas primitivas, que han sido halladas en las excavaciones que se han hecho en esta ciudad y en sus alrededores. Estas armas son de diferentes épocas y materiales, y representan el desarrollo de la tecnología humana a lo largo del tiempo. Entre ellas se encuentran puntas de flecha, hachas, lanzas y espadas, algunas de ellas muy bien conservadas y otras más fragmentarias. La colección es muy interesante por su variedad y por el estado de conservación de algunas de las piezas. Estas armas nos permiten conocer el nivel de desarrollo tecnológico y social de las sociedades primitivas que habitaron en esta zona. La presencia de armas de diferentes materiales, como la piedra, el hueso y el metal, nos muestra la evolución de la tecnología de la guerra a lo largo del tiempo. Además, la variedad de formas y tamaños de las armas nos permite conocer las diferentes técnicas de fabricación y uso de estas herramientas. En definitiva, la colección de armas primitivas del Museo Arqueológico de Tarragona es un testimonio muy valioso de la historia humana y de la evolución de la tecnología de la guerra.



Lit^o por M. Pujadas. Montaner y Simon, Edit.

ARMAS DE LAS ÉPOCAS PRIMITIVAS CONSERVADAS EN EL MUSEO ARQUEOLÓGICO
DE TARRAGONA.

por Europa hasta su extremidad occidental. El erudito Vau-doncourt, siguiendo las sábias investigaciones de Bayer, Schlo-zer y Adelung sobre el origen de los pueblos de Europa, hace á los iberos los *aborígenes* de España (1). Suponen muchos que la lengua que hablaban estos pueblos fuese la misma que hoy conservan y hablan todavía los vascos ó euskaros; y no es de extrañar que habiendo sido estos los que mas resistieron la dominacion romana y donde se hizo menos sensible su influjo, pudiera conservarse en ellos el idioma que primitivamente hablaron los españoles. Afirman, no obstante, otros eruditos y respetables autores haber sido el primitivo idioma de la poblacion ibera el hebreo-fenicio, ó un dialecto del hebreo, del cual pretenden demostrar haber quedado á la lengua española una tercera parte de sus voces (2). Mucho desearíamos que acabara de resolverse esta cuestion entre los filólogos.

Incontestable parece tambien la existencia posterior de los celtas, que vinieron á disputar á los iberos la posesion de la Península. Mucho tiempo se ha cuestionado, y creemos que tampoco esta cuestion se ha resuelto todavía, sobre si existieron los celtas en España antes que en la Galia y emigraron de aquí allá, como pretenden entre los nuestros Masdeu y Florez, fundados en un testimonio de Herodoto, ó si invadieron la Península por las gargantas de los Pirineos, viniendo de la Galia, como nos inclinamos á creer con Humboldt, por la marcha de Este á Oeste que llevaban todas las grandes emigraciones de los pueblos primitivos. De todos modos, esta nueva raza, belicosa, bárbara, y semi-nómada tambien, se mezcló con los iberos, llegando á dividirse entre sí el país y á formar una nacion bajo el nombre de celtíberos; bien fuese sin guerrear y por medio de pacíficas alianzas y matrimonios, como indica Estrabon, bien despues de largas luchas, como lo atestigua Diodoro de Sicilia, y era mas natural que acaeciese entre gentes que habitaban de largo tiempo un país, y otras que le invadían para posesionarse de él de nuevo. En una de estas guerras debió ser cuando algunas tribus iberas arrojadas de sus territorios, emigraron á su vez y se derramaron por los pueblos de Italia con los nombres de ligurios y sicanios, llevando allí su idioma y sus costumbres.

Poblada la Península por estas dos grandes razas, al paso que se iban extendiendo fraccionábanse en tribus mas ó menos numerosas, llegando á subdividirse en términos que cada comarca componia una pequeña nacion ó tribu independiente, á que las ayudaba la material organizacion del territorio, desconociendo por otra parte en su estado incivil la utilidad y hasta el arte de hacer alianzas y de gobernarse con unidad.

De su distribucion y de sus costumbres solo tenemos las noticias que nos han suministrado los escritores griegos y romanos, únicos pueblos civilizados cuyos escritos hayan llegado á nosotros. Pero conviene no olvidar que las relaciones de estos escritores se refieren á la España tal como la encontraron los romanos cuando la invadieron sus armas, y que entonces habia sufrido ya la Península las dominaciones, aunque parciales, de tres pueblos cultos. Pero las revoluciones intestinas que entre sí habrian tenido las primitivas razas no pudieron serles conocidas sino cuando mas por imperfectas tradiciones. De suponer es, no obstante, como en el principio de nuestro discurso dijimos, que al paso que fueran asentándose en las diversas comarcas y zonas, irian contrayendo hábitos, ocupaciones, vínculos diferentes, y que los intereses de localidad y de tribu ocasionarian choques y guerras entre los moradores de los vecinos territorios: sucesos de la infancia de las sociedades, mas fáciles de adivinar que de encontrar quien los trasmite. Sin embargo, como los fenicios, los griegos y los cartagineses solo habian estado en inmediato contacto con los habitantes de las costas, de las riberas de los grandes rios y de las llanuras ó comarcas abiertas, las costumbres que nos describen de los moradores del interior y de las regiones mon-

tuosas, conócese que habian sufrido muy poca alteracion, pues presentan toda la rudeza y ferocidad propias de los pueblos nacientes.

La poblacion céltica, diseminada por toda la costa septentrional y occidental de la Península, dividíase en cinco grandes y poderosas tribus, los cántabros, los vascones, los astures, los galláicos y los lusitanos, que ocupaban los países que hoy poco mas ó menos comprenden las provincias Vascongadas y Navarra, las Asturias, Galicia y Lusitania ó Portugal, si bien no es tan exacta la correspondencia de los antiguos y de los modernos límites, que los astures y los galláicos, por ejemplo, no se entendiesen entonces por una buena parte del reino de Leon y de Castilla la Vieja, los lusitanos por las Extremaduras y Castilla, los vascones por Aragon, y los cántabros por la actual provincia de Santander. Subdividíanse además estas tribus en multitud de pequeñas poblaciones ó grupos, tanto, que al decir de Estrabon, eran quince las que componian la nacion galláica, y sobre cincuenta las fracciones en que se compartian los lusitanos.

Ocupaba la raza ibera el Mediodía y el Oriente de España, dividida tambien en porcion de tribus, de las cuales eran las principales, los turdetanos, que se extendian por la costa de la Bética ó Andalucía hasta una parte de la Lusitania; los bástulos, que habitaban al Este del estrecho, en lo que hoy es Ronda y el condado de Niebla; los beturios, que poblaban las cercanías de Sierra Morena; los bastetanos, en la costa de Múrcia hasta el Segura; los contestanos, desde Cartagena hasta el Júcar y parte de los reinos de Múrcia y de Valencia; los edetanos, que ocupaban tambien parte de Valencia y de Aragon hasta confinar con la Celtiberia; los ilerocavones, que se asentaban entre el Oduba y el Ebro; y desde el Ebro hasta el mar y los Pirineos los cosetanos, ausetanos, indigetes, lacetanos, ceretanos ó ilergetes: por último, los gymnesios, ó habitantes de las Baleares: casi todos subdivididos tambien en pequeñas tribus como los celtas.

Habitaba el centro de la Península la raza mixta de los celtíberos; sus principales tribus, segun Estrabon, eran los arevacos, los mas poderosos de todos, al Sur del Duero; los carpetanos, en la comarca de Toledo por donde corre el Tajo; los vaccéos, por la parte donde está hoy Palencia; los oretanos, en lo que riega el alto Guadiana: siendo los límites de la Celtiberia, por el Norte las sierras de Urbion y de Oca, por el Sur el Orospeña, por el Este las sierras de Segura y de Alcaraz, habiendo variado mucho por Occidente, hasta llegar en una época cerca de las costas del Mediterráneo.

No hemos fijado los límites precisos de cada uno de estos pueblos, por la frecuencia con que debieron variar, y porque seria de desear tambien mayor conocimiento del que respecto á las alteraciones de cada época pudieron tener los antiguos geógrafos. Ni hemos mencionado todas y cada una de las subdivisiones de tribus, ya por la escasa importancia histórica que algunas tienen, y ya tambien porque muchas de ellas omitieron los mismos escritores griegos y romanos so pretexto de la repugnancia que dicen les causaba lo poco armonioso, si ya no lo ridículo de sus nombres (3). Estrabon da por excusa de su silencio la difícil y semi-bárbara pronunciacion que tenían (4). Plinio no menciona sino las que eran fáciles de pronunciar en latin (5). Y á Marcial le sirvió de tema la rusticidad de sus nombres para sus punzantes epigramas (6).

Groseras y rústicas tenían que ser las costumbres de estos primitivos pueblos. Expresaremos algunos de sus rasgos caracte-

(3) Sin perjuicio de explicar en el texto, segun que de ello se va ofreciendo ocasion, la correspondencia de los nombres antiguos de las comarcas y poblaciones con los modernos y actuales, damos por apéndice al final de este primer volumen una tabla ó catálogo alfabético de los mas importantes y que tenemos por mas averiguados, con expresion de la provincia actual á que pertenece cada region ó pueblo de los que allí se nombran. Los que acaso no expliquemos en el discurso de la obra, los podrá fácilmente encontrar allí el lector, á no ser que, ó sean poblaciones que hayan dejado de existir, ó se ignore todavía ó sea muy dudosa su correspondencia.

(4) Estrabon, lib. III, cap. IV.

(5) *Latiali sermone dictu facilia*. Plin.

(6) *Rides nomina? rideas vicebit*. Epigr. lib. VI, epist. 55.

(1) Llámase *aborígenes* á los primeros moradores de un país, ó sea *indígenas*, para distinguirlos de los *aliéngenos*, ó que han inmigrado despues.

(2) Cortés, Diccionario Geográfico-histórico de la España antigua. — Tom. II, pág. 49. — García Blanco. Gramática hebrea, tomo III, pág. 79 y sig.